

LOS PROFETAS, HOMBRES LIBRES EN LA SOCIEDAD DE ISRAEL

Los profetas han sido vistos como individuos que estaban en los límites de la sociedad de Israel, ofreciendo críticas de ella, y viviendo apartados de sus instituciones importantes. Las palabras del profeta Miqueas parecen concordar con esta perspectiva (ver Miq 3,1-11). El mensaje del profeta en este texto ataca a los «jefes de Jacob», a los «dirigentes de Israel», a los «profetas», a los «videntes», a los «adivinos» y a los «sacerdotes». No es, pues, sorprendente que Miqueas, junto con otros profetas, fuera visto en desacuerdo con la sociedad de Israel, como marginado social. Sin embargo, un examen atento del lugar de los profetas en Israel nos sugiere que muchos de ellos estuvieron profundamente relacionados con importantes instituciones sociales y religiosas (sin dejar por eso su perspectiva crítica sobre ellas), particularmente con la corte real y el mundo del culto, especialmente el que estaba asociado con el Templo.

Algún especialista bíblico ha mantenido que la profecía en Israel comenzó y terminó durante el tiempo en que existió la monarquía. Aunque esta afirmación exigiría ciertos matices, es sorprendente que los primeros individuos a los que podemos calificar de profetas, como Samuel, Natán y Gad¹, aparecieron cuando David entró en escena. Más aún, los profetas dejan de ser importantes cuando el último miembro de la familia de David ejerció el poder. En efecto, Zorobabel², un vástago lejano de David, entró a formar parte de los mensajes de los últimos profetas (Ageo y Zacarías). Es como si la profecía fuera un modo de comportamiento religioso que necesitara la monarquía como su trasfondo. De hecho, los profetas hablaron sobre los reyes, la sucesión real, guerras y asuntos de estado. Temas todos ellos de una sociedad gobernada por un monarca.

Los profetas, a veces, nombraban a los reyes. La historia deuteronomista³ incluye algunos relatos en los que vemos a un profeta envuelto en el comienzo del reinado de un monarca. Así Samuel ungió a Saúl, el primer rey de Judá (1 Sm 10,1), y a David (1 Sm 16,13). El

-
- 1 Ninguno de estos tres profetas escribieron libros, pero tenemos muchas narraciones sobre ellos en los libros de Samuel y de Reyes.
 - 2 Zorobabel era nieto del rey Jeconías de Judá y llegó a Jerusalén, después del exilio como gobernador de la provincia enviado por el poder persa. En colaboración con el sacerdote Josué, organizó la reconstrucción del Templo.
 - 3 Llamamos «historia deuteronomista» al conjunto de los libros históricos que van desde Josué a Reyes. El nombre le viene por la fuerte influencia que la teología deuteronomista ha dejado en ellos.

primer libro de los Reyes, en su capítulo 11, nos narra un encuentro entre el profeta Ajías de Siló y Jeroboán. Este se había rebelado contra Salomón y huía de Jerusalén. Ajías se encuentra con él en el camino y le informa que Yahvé iba a dividir la monarquía en dos partes, una de las cuales, el reino del norte (Israel), sería dada a Jeroboán. Más tarde, el profeta Elías envía a uno de su grupo de profetas a que unja a Jehú diciéndole: «Yo te unjo como rey de Israel» (2 Re 9,12). También Ageo, después del exilio, pronuncia un oráculo a favor de Zorobabel como rey (Ag 2,23). Vemos, pues, que los profetas funcionaban como emisarios de Dios cuando un rey iba a ser elegido.

Una vez que un rey subía al trono, los profetas se relacionaban con él de varias maneras, a veces como consejeros reales. El papel de Jeremías con respecto a Sedecías es instructivo a este respecto (Jr 38). Muy poco antes de la caída de Jerusalén, el rey se encuentra con Jeremías en el Templo y le dice que tiene que plantearle una pregunta. Con este motivo, Jeremías le da el consejo de que si se rinde a los babilonios, Judá y Jerusalén se salvarán. Si no es así, la ciudad será arrasada y Sedecías morirá. Pero Sedecías no le hace caso y le exige que no diga nada a nadie de esa conversación: «Que nadie se entere de esta conversación, si no quieres morir» (Jr 38,24). Piensa el rey que si las palabras de Jeremías se hacen públicas el pueblo no se va a oponer a los babilonios.

Los profetas podían curar a los reyes (es el caso de Isaías con Ezequías, gracias a una cataplasma de higos secos aplicada en su llaga ,Is 38), hacerles advertencias pidiéndoles que actúan con justicia (Jr 21,12) o criticar abiertamente su comportamiento (juicio de Natán a David, 2 Sm 12). Ha habido una tendencia a describir a algunos de estos profetas como «profetas de corte». Tal descripción es comprensible, particularmente en los casos de Natán y Gad, cuyas palabras de alabanza o de crítica se dirigen exclusivamente a la monarquía. Sin embargo, la mayoría de los profetas de Israel podían transmitir sus palabras a la corte real, como es el caso de Isaías y Jeremías, aunque su actividad se dirigía también a otros ámbitos de la sociedad de Israel.

Una reclamación similar se ha hecho sobre los profetas que de una manera o de otra se asociaban con el Templo. Se les ha llamado «profetas cúltuales». Pero también aquí debemos precisar que aunque un profetas sea asociado con el mundo sacerdotal eso no quiere decir que trabaje solo o primordialmente en ese ámbito cultural. Los profetas se relacionaban con el ámbito del culto de varias maneras. Algunos profetas eran de familia sacerdotal. El comienzo del libro de Jeremías nos dice que era «de los sacerdotes de Anatot» (Jr 1,1). Esta afirmación alude a una tradición sacerdotal que encontraba su origen en Abiatar, un

sacerdote de la época de David, desterrado a Anatot (1 Re 2,26-27). El editor del libro de Jeremías, autor de esta introducción, juzgó que esa relación entre el profeta y el mundo sacerdotal era de suficiente importancia como para incluirla al principio del libro del profeta.

También otros profetas pertenecieron a familias sacerdotales. Zacarías aparece como nieto de Idó, que en el libro de Nehemías es descrito como sacerdote (Neh 12,16). El caso de Ezequiel es todavía más claro. Al principio de su libro se nos dice que «Ezequiel, hijo del sacerdote Buzí, recibió la palabra del Señor en el país de los caldeos» (Ez 1,3). Sin embargo, su libro indica claramente que era visto por el pueblo de Israel en el exilio de Babilonia como un profeta (Ez 2,5). Cuando les hable en nombre de Dios «sabrán que en medio de ellos hay un profeta». Lo que nos indica que las fronteras que se establecen entre sacerdocio y profecía no son tan claras como suponemos.

Vemos, pues, que algunos profetas provenían de familias sacerdotales. ¿Quiere esto decir que cuando actuaban como profetas llevaban a cabo acciones que para los israelitas de su tiempo pertenecían al mundo de los sacerdotes? Hay al menos un caso en que la respuesta debería ser positiva. Zacarías nos ofrece una narración en que personas procedentes de Betel viajan a Jerusalén para obtener información de «los sacerdotes del Templo del Señor y de los profetas» (Zac 7,3). Lo que parece presuponer que tanto unos como otros podían responder a las cuestiones planteadas. La verdad es que los sacerdotes no responden y poco después Zacarías da la respuesta adecuada (Zac 8,19). Pero el texto presupone que también los sacerdotes habrían podido responder.

En otros casos, los profetas de Israel muestran que tienen relación con el mundo del culto de una manera menos directa, no por el hecho de pertenecer a familias sacerdotales. Un lugar de honor debemos dar a la importancia del vocabulario y las ideas sacerdotales en el libro de Ezequiel. El ejemplo más claro es el uso por parte de este profeta de términos sacerdotales en su obra. Mientras que otros profetas hablan de «pecado», Ezequiel usa los términos de «abominación» o «impureza», que son prominentes en los textos rituales del AT (comparar Lev 20,13 y Ez 18,12). Ezequiel despliega conceptos teológicos importantes del mundo sacerdotal que no solo están presentes en su obra sino que la caracterizan esencialmente. Por ejemplo, la «gloria de Dios», que es de importancia crítica en su obra en tres visiones importantes y en el texto sacerdotal de Ex 40,34-38 (ver Ez 10; 11,22-23; 43). Todos los especialistas de este libro han llamado además la atención sobre las semejanzas existentes entre Ezequiel y un texto sacerdotal importante, el Código de Santidad de Lev 17-26. Tanto el profeta como este código

participan de la convicción de que tanto el comportamiento ritual como el ético son de fundamental importancia para la vida del israelita. Más aún, ambos textos prevén la posibilidad de que Israel marcharía al exilio si desobedecían los mandamientos de Dios. Por último, un rasgo sacerdotal importante del profeta Ezequiel, es que cuando describe la restauración de Jerusalén después del exilio esta está centrada en el Templo y su culto⁴ (Ez 40-48). Por eso podemos considerar a este profeta como el último de los grandes profetas y el primero de los nuevos visionarios «sacerdotales» que van a poner el fundamento del moderno judaísmo tal como lo conocemos hoy.

Después del exilio nos encontramos con profetas que, como el caso de Ageo, animan a la reconstrucción del Templo (Ag 1,8: «Subid al monte a buscar madera, reconstruid mi templo, y yo me complaceré en él y en él manifestaré mi gloria, dice el Señor»). El libro de Zacarías destaca el significado del Sumo sacerdote (Zac 3) y describe un tiempo en que este y un descendiente de David gobernarán conjuntamente en la comunidad de Judá (Zac 4), una esperanza que nunca se llegó a cumplir.

Por tanto, no es justo erigir una frontera absoluta entre el mundo sacerdotal y el mundo profético. Aunque el medio por el que un israelita llega a ser profeta (la vocación), el tipo de experiencia que ha fraguado en los relatos de vocación, difiere radicalmente del medio por el que un sacerdote era ordenado (en el que juega un papel importante el de ser de familia sacerdotal), ciertos comportamientos y mensajes de ambos eran muy similares.

Sin embargo, aunque los profetas se relacionan con el mundo del corte y con el Templo, los profetas frecuentemente ofrecen juicios críticos sobre estas dos instituciones. Y esto es debido a que se consideran hombres libres frente a ellas a las que juzgan desde la perspectiva de alianza poniendo en juego su vida, lo que es el riesgo de toda persona que vive desde la libertad de su conciencia. Una libertad que encuentra su raíz fundamental en la experiencia de Dios del profeta y su misión. La postura independiente de los profetas con respecto a la monarquía aparece muy pronto en la historia de Israel. Natán nos ofrece un ejemplo temprano. Aun cuando él trabajaba en la corte, y podemos considerarlo un consejero áulico, es capaz de enfrentarse con David cuando este comete adulterio con Betsabé y envía a su marido a primera línea de batalla para que muera y así poder casarse con ella (2 Sm 11 y 12). Otro ejemplo claro de esta actitud crítica frente a la monarquía lo tenemos en Elías, un siglo más tarde. Este profeta está asociado con dos reyes, Ajab

4 El plan del templo de estos capítulos sigue generalmente la forma del templo salomónico pero con un énfasis, claramente «sacerdotal», en salvaguardar la santidad del Templo del contacto profano.

y Ocozías. con los que tiene varios encuentros. En ambos casos les acusa y les condena por comportamientos específicos. Según 1 Re 21, Ajab quería una viña que pertenecía a una persona llamada Nabot. Esta viña formaba parte de su herencia familiar. Ajab, apoyado por su esposa Jezabel, acusa falsamente a Nabot de maldecir a Dios y así obtiene su muerte. Elías sale a su encuentro y pronuncia un juicio de muerte contra él y su esposa Jezabel. En 2 Re 1, Elías se enfrenta a Ocozías por haber estado este buscando información sobre su salud de una deidad venerada en Ekrón. El juicio de Elías no pudo ser más duro: «Morirás sin remedio» (2 Re 1,16).

Is 7 y Jr 37 son también testigos de esa relación directa de los profetas con los reyes en actitud crítica por su comportamiento ético que no respetaba la alianza. No todos los profetas se relacionan con los reyes directamente como Natán, Elías, Isaías y Jeremías. Sin embargo, frecuentemente proclaman oráculos críticos concernientes a los reyes y a la forma de su gobierno, generalmente desde la perspectiva religiosa y ética de la alianza. Es verdad que el término «alianza» no está muy presente en los textos de los profetas del s.VIII y VII a.C. Pero la realidad de la alianza y el contenido de la alianza del Sinaí está en el corazón de la predicación profética. Cuando los profetas enfrentan la relación especial que Dios tiene con Israel con la experiencia humana y social de su tiempo, los profetas descubren nuevas imágenes para describir su intimidad. Esa relación es como la del pastor con su rebaño, el alfarero con el barro, el padre con el hijo o el esposo con la esposa. Todas estas imágenes subrayan el amor y la ternura de Dios con su pueblo.

Oseas fue muy crítico con los reyes del norte (Os 5,1; 6,4). Reconoce incluso que tanto la monarquía como la nación pueden ser destruidas. Amós proclama que el rey Jeroboán «morirá a espada e Israel será deportado lejos de su tierra»⁵ (Am 7,11). Miqueas arremete contra los dirigentes de Judá (Miq 3,1.9), aunque no explícitamente contra los reyes. El libro de Jeremías incluye una colección de oráculos dirigidos contra la casa de David y algunos reyes concretos (Jr 21,11-23,8). No es que los profetas pensaran que la monarquía fuera una forma inapropiada de gobierno. Más bien, reyes concretos no ejercían su función real apropiadamente. En consecuencia, no es algo sorprendente que la literatura profética incluya también en sus expectativas de futuro, después de la destrucción de Judá y la vuelta a la tierra prometida, un renacimiento de la institución monárquica (Jr 23,5-6); Ez 34,23; Am 9,11); Miq 5,2-5; Ag 2,23; Zac 6,9-13).

5 Dios solo salvará a un pequeño resto, «como un pastor rescata de la boca del león dos patas o la punta de una oreja» (Am 3,12).

Los profetas hacen también duras críticas a los sacerdotes, al Templo y a los sacrificios que se celebraban en él. En el pasado, entre los biblistas del s.XIX y principios del XX se pensó que los profetas, desde su monoteísmo ético, rechazaban radicalmente el culto simbolizado en el Templo. Hoy, sin embargo, no es posible mantener esa postura, puesto que como hemos visto muchos profetas pertenecían al linaje sacerdotal o usaban tradiciones sacerdotales en sus escritos y predicaciones. Lo que sí llevan a cabo es una fuerte crítica de comportamientos inapropiados dentro del ámbito ritual, tanto de sacerdotes como de personas ajenas al ámbito del Templo pero que acudían a él a sus celebraciones. Amós acusa a un sacerdote del templo de Betel como a los que participaban en su culto en el reino del norte (Am 2,8; 7,10-17). Oseas, junto con otros profetas, atacan a aquellos que dan culto a otros dioses distintos de Yahvé (Os 2,13; Jr 2,23; Sof 1,4-5). Isaías critica a aquellos que piensan que las celebraciones culturales pueden limpiarles automáticamente de sus comportamientos injustos con los demás: «Cuando extendéis las manos para orar, aparto mi vista; aunque hagáis muchas oraciones, no las escucho, pues tenéis las manos manchadas de sangre...Dejad de hacer el mal...proteged al oprimido, socorred al huérfano, defended a la viuda» (Is 1,15-17). Cualquier rito religioso que no se haga con las manos limpias, es decir, libres de injusticia, es igual que mezclar la sangre de los inocentes con la de los animales sacrificados. Jeremías critica a los habitantes de Judá por confiar ciegamente en el Templo: «No os fiéis de palabras engañosas repitiendo: “¡El Templo del Señor! ¡El Templo del Señor! ¡El Templo del Señor!” Si enmendáis vuestra conducta y vuestras acciones, si practicáis la justicia unos con otros, si no oprimís al emigrante, al huérfano y a la viuda; si no derramáis en este lugar sangre inocente, si no seguís a otros dioses para vuestra desgracia, entonces yo os dejaré vivir en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres desde antiguo y para siempre (...) No podéis robar, matar, cometer adulterio, jurar en falso, incensar a Baal, correr tras otros dioses que no conocéis, y luego venir a presentaros ante mí, en este templo consagrado a mi nombre» (Jr 7,4-10). Vemos a través de estos textos que los profetas son especialmente sensibles al tema de la injusticia social (ver Is 1,17.23; Jr 5,28; 7,26; 22,3; Os 4,1-3; Am 2,6-8; 4,1; 5,24; Hab 3,14; Zac 7,10), la cual denuncian abiertamente y ponen como obstáculo para la realización del verdadero culto que Dios quiere. Ezequiel critica a los que adoran a los ídolos y cometen asesinatos y, sin embargo se vanaglorian de ser hijos de Abrahán (Ez 33,24-25).

Frente a una religión puramente ritual, sin exigencias de justicia, los profetas afirman la prioridad absoluta de una relación personal y verdadera con el Dios de la alianza. Una relación personal de la que brotaría necesariamente un comportamiento ético adecuado con los demás. La vida creyente, como experiencia profunda de Dios, y como

ética van íntimamente unidas en el mensaje profético. Por eso, el centro de la predicación profética está perfectamente expresado en Amós: «Buscad a Yahvé y viviréis» (Am 5,4.6.14). Es desde una profunda experiencia de Dios que la vida del creyente israelita daría sus frutos. Es a él al que hay que buscar.

Los profetas reprueban, pues, el culto desmentido por la vida de cada día, rechazan las alabanzas que salen de bocas hipócritas y de manos manchadas con la sangre de los pobres. La piedad que pretende enmascarar una existencia que contradice los valores de la alianza les resulta a los profetas odiosa. Para ellos, Dios condena un culto que es sacrílego porque es hipócrita, y exige ante todo no oraciones y sacrificios, sino vidas que estén enteramente consagradas a Él y que respeten la justicia y la misericordia. Los profetas, como ocurría con la monarquía, no condenan, *ipso facto*, toda práctica religiosa, pero afirman claramente que Dios reprueba todo compromiso con el mal y la injusticia. Sin embargo, no intentan reemplazar las prácticas culturales por un código ético. A menudo se afirma que los profetas han llevado a cabo el paso de una santidad cultural a una santidad moral. En verdad ellos han afirmado esencialmente que la santidad o la religión cultural, cuyo centro era el Templo, exigía también una santidad o religión moral.

Sin duda, los textos en defensa del culto son mucho menos numerosos que los que adoptan una postura crítica: Concederles la misma importancia que a los anteriores dentro de la mentalidad profética sería equivocado. Pero tampoco podemos perderlos de vista a la hora de esbozar el pensamiento profético sobre esta cuestión. Demuestran que el mensaje profético no es monolítico. Se adapta a las circunstancias y enfoca los problemas desde el punto de vista más acuciante para cada época. Cuando el culto se convierte en una pasión que hace olvidar otras realidades más importantes, el profeta lo denuncia violentamente. Cuando el culto desaparece de la perspectiva del pueblo y del individuo, el profeta subraya su importancia.

En el pensamiento bíblico, y los profetas participan de él, el culto conserva todo su sentido. Su fin es emplazar a cada generación de fieles ante las gestas de Dios, recordarles la elección absolutamente gratuita a la que debe su existencia como pueblo de Dios, introducirlos en el plan salvador del Creador y dirigir su esperanza a la realización futura del designio de Dios⁶. Todo esto es el contexto y la realidad del culto auténtico de Israel, y esa es la perspectiva positiva que los profetas pretenden mantener y alimentar con su predicación.

6 Esta presencia en el culto de Israel del pasado, el presente y el futuro, mantiene su continuidad en el culto cristiano, especialmente en la celebración de la eucaristía.

Desde esta perspectiva crítica de los profetas frente a ámbitos y comportamientos sociales contrarios a la santidad de la alianza, podemos comprender un rasgo de la vida profética y es su carácter de existencia amenazada, fruto en gran medida de su libertad. En ocasiones esa amenaza es solo la del fracaso de su misión que no encuentra respuesta en sus oyentes. Lo expresa bien Ezequiel: «Vienen a ti en masa, se sientan delante de ti, escuchan tus palabras, pero luego no las practican, porque me halagan con su boca, pero después solo buscan su provecho. Tú eres para ellos como un trovador de voz hermosa que sabe cantar. Escuchan tus palabras pero no las practican» (Ez 33,30-33). Pero a veces los profetas se enfrentan a situaciones más duras. A Oseas le tachan de «loco» y de «necio». A Jeremías, de traidor a la patria, de colaboracionista con el poder de Babilonia. Por eso es perseguido por los últimos reyes de Judá y encarcelado. Elías debe huir del rey en varias ocasiones. Amós es expulsado de Israel. Esta persecución no es solo de los reyes y poderosos, también intervienen en ella los sacerdotes y los falsos profetas. Incluso el pueblo se vuelve a veces contra ellos y los critica. Todo ello es consecuencia de la fidelidad de los profetas al mensaje que Dios les ha dado, el fundamento de su libertad⁷. Un mensaje que incide en la sociedad de Israel y en la vida personal de los creyentes del pueblo de Dios.

7 Esta unión de fidelidad y libertad en la vida del profeta la encontramos igualmente en la vida de Jesús.